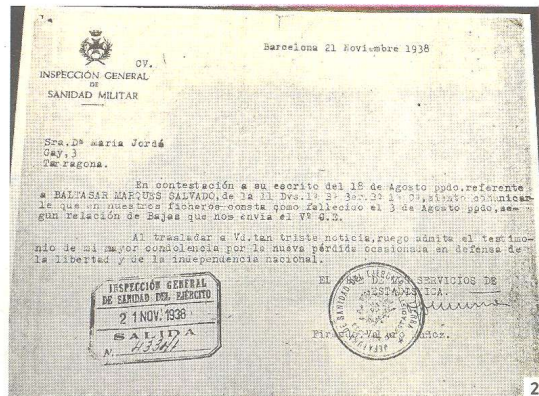




1. Baltasar y María, en el monasterio de Santes Creus.
2. Carta del ejército republicano en la que se informa a María del fallecimiento de su esposo. El documento es del 21 de noviembre y Baltasar había muerto el 3 de agosto el frente del Ebro. Era camillero.
3. María, con los dos hijos de la pareja, Baltasar y María Josepa, madre de Bruno. Seguramente, María enviaría la instantánea a su marido cuando él estaba en el frente. FOTOS: BRUNO LLORDACHS

XAVIER FERNÁNDEZ JOSÉ
TARRAGONA

Marzo de 1993. María Jordà, de 83 años, escribe en la penumbra de su habitación en Tarragona. Redacta unas emocionantes cuartillas en las que relata su vida. Quizá lo hace para plasmar en papel los recuerdos que la han angustiado toda la vida. Quizá para dejar una valiosa lección a sus dos hijos y siete nietos. El 21 de marzo, pocos días después de completar el escrito, fallece.

Como tantas otras mujeres, María había perdido a su marido en la batalla más cruenta de la Guerra Civil: la del Ebro. Pero tuvo un sufrimiento añadido. Durante meses no supo qué había sido de Baltasar Marqués, el amor de su vida y padre de los dos hijos de la pareja, Baltasar y María Josepa.

Escribe María (en la grafía original): «El any 36 vá estallà la sublevació i amb ella la guerra amb els corresponents desastres y privacions que vón se moltíssims (...) El meu marit el van demana 1 any antes de acabà la guerra el mes de abril y vá mori el 13 de agost del mateig any (...) Aigí vón pasa 3 mesos de desesperació buscan per tot els hospitals y escribin a tot arreu ningú en sabia res (...) fins que vaig rebre la notificació am una nota oficial que em deien... Baltasar Marqués por quien Vd se interesa consta como fallecido en el Frente del Ebro... Cuan no em vaig morí no em moriré mai».

Sigue María: «Vaig pasà un añ de desesperació nomes sabia plorà... A primes de agost am van retornà las cartas meves dons yo escria cada dien desaparecido... Quan vaig sapigue la noticia el món am bá caure el damún... Acabada la guerra em va costar moltíssim recuperarame del traume pasat per que encara la arrussegu ara. Pero la vida segeig i has de imposarte per obligació, tenia 2 fills y als avia de fe grans y vaig esforsam en recuperar la vida per no andá sempre a costes dels demés».

Aquel escrito es una especie de catarsis para María. Durante más de medio siglo se había impuesto en la familia de María, al igual que en tantísimas otras, un silencio oscuro. La contienda era como un fantasma que sólo aparecía en momentos muy puntuales. Como cuando María se reunía con familiares y amigas en su casa de la Part Alta de Tarragona y se oían unos sollozos, según explica su nieto, Bruno Llordachs.

Baltasar había caído en la batalla del Ebro sin alzar un fusil. Era camillero. No hizo ni la mili porque tenía que sostener económicamente a su madre y hermanos. Se había librado de ser llamado a filas, pero en aquel maldito 1938 el ejército republicano necesitaba hombres para la gran ofensiva que prepara al sur de Tarragona. Se nutre de críos (la famosa 'leva del biberón') y de muchos de los exentos hasta ese momento, como Baltasar (la 'leva del saco').

«En defensa de la libertad»

La Batalla del Ebro comienza el 25 de julio. Baltasar es herido de muerte el 3 de agosto. La familia no sabrá donde ha sido enterrado... Hasta 2003. El 21 de noviembre de 1938, sólo recibe unas 'patrióticas' y republicanas líneas de consuelo por «la nueva pérdida en defensa de la libertad y la independencia nacional». Pasan tres meses y 20 días desde la muerte de Baltasar hasta que se le comunica el fallecimiento a su viuda. Durante ese tiempo, a María le devuelven las cartas que envía a su esposo. En el sobre pone «desconocido».

Acabada la guerra, las autoridades franquistas ni siquiera reconocen la muerte de Baltasar. Es un «desaparecido» más entre los derrotados. Tiene que ser su viuda quien solicite a un Juzgado que declare su defunción. Así lo hace: «Falleció en el frente del Ebro, donde se encontraba como movilizado forzoso por los rojos». «Rojos». Lenguaje de la época.

Las cuartillas permanecen en poder de la familia. A Bruno le despiertan el ansia por saber más sobre la Guerra Civil en general y la Batalla del Ebro en particular. «Fui conociendo los escenarios de la batalla. No es que buscara directamente a mi abuelo, sino que buscaba saber, entender, lo que vivieron», explica Bruno.

Pasan casi diez años. En 2002, son hallados en el Ayuntamiento de El Perelló unos libros de registro de defunciones de 1938. Están escritos en catalán e incluyen un gran número de militares.

Un historiador, David Tormo, analiza la documentación y descubre que se trata de soldados muertos durante la Batalla del Ebro pertenecientes a la 11ª División republicana y la 45 División Internacional. Tormo confecciona una lista con esos nombres.

Bruno escucha una entrevista en Catalunya Ràdio de Antoni Bassas a Tormo en que éste desvela el hallazgo. Es el 19 de diciembre de 2002. Al momento intuye que su abuelo puede estar en la lista. Tras un cruce de mails, el Consorci Memorial dels Espais

de la Batalla de l'Ebre (Comebe) le confirma que el Ayuntamiento de El Perelló guarda, desde 1938, el acta de defunción de su abuelo. Baltasar está enterrado en una fosa común en el cementerio de esta localidad del Baix Ebre.

El Comebe, además, se disculpa por lo que hicieron otros: «Lamentamos que el sufrimiento por la incertidumbre sufrido por su familia haya tardado tantos años en obtener respuesta». Tantos como casi 65. Baltasar murió el 3 de agosto de 1938. El 28 de abril de 2003 sus descendientes saben oficialmente donde yace.

Sólo un día después, la familia de Baltasar recibe el certificado de defunción y puede, por fin, colocar un ramo de flores sobre la fosa común. El 3 de agosto, los descendientes de Baltasar acuden a misa a El Perelló y visitan la fosa donde yace el abuelo. Ahora lo repiten cada año.

Memoria para los derrotados

Pasa el tiempo. Se suceden los actos en recuerdo de los desaparecidos. Un poco de memoria histórica. Pese a los que creen que la guerra «no hay que removerla». Todos sufrieron. Todos fueron víctimas. Los vencedores ya tuvieron su enorme dosis de memoria histórica durante años y años. Ahora le toca a los perdedores.

El 1 de agosto de 2005 Bruno y su familia colocan una lápida en el cementerio de El Perelló. Reproduce el epitafio del filósofo alemán Walter Benjamin: «No hi ha cap document de la cultura que no ho sigui també de la barbàrie». El 6 de octubre de 2012 se celebra un homenaje a los muertos y desaparecidos en la Batalla del Ebro. En 2016 el entonces consejero Ràul Romeva, ahora encarcelado, informa por carta a los familiares de los caídos que se ha creado un banco de ADN para poder identificar en un futuro los restos de las fosas comunes.

Llega el verano de 2017. Bruno consigue el listado completo de

las personas inhumadas en la misma fosa que su abuelo y en otra, situada en l'Ampolla, donde también fueron enterrados soldados muertos en la Batalla del Ebro.

Bruno no se limita a guardar el preciado material. Habilita una web que permite saber si un militar en concreto está entre los enterrados en esas fosas. La web <http://desaparecidosbatallaebro.org/> ya cuenta con 2.500 visualizaciones. Con su web, Bruno pretende conmemorar los 80 años de la Batalla del Ebro.

«El objetivo es que los fallecidos recuperen su identidad y sobre todo que los familiares puedan conocer el lugar donde se hallan sus restos después de 80 años en los que se ha ignorado su paradero», explica Bruno. Su intención es «superar el mito del olvido. La historia 'atropelló' a mis abuelos. Llevamos 40 años de democracia y seguimos igual. Prácticamente nadie ha hecho nada por facilitar la identificación de los restos de los desaparecidos».

El sueño de la familia sería poder exhumar a Baltasar en El Perelló y enterrarlo en el cementerio de Tarragona, en la misma tumba donde yace su esposa, María. Pero Bruno sabe que es casi imposible. El cuerpo de su abuelo está junto a otros 272. Hay otros 75 cadáveres en la fosa de l'Ampolla. Habría que realizar pruebas de ADN a los restos y para Bruno lo más importante es respetar a todos los que están enterrados en la fosa común y a sus familiares. Entiende que haya gente que no quiera exhumar los restos.

Bruno se conforma con superar el olvido, con «llenar el vacío» de tantos años. Recuerda que su abuela María sólo quiso un cactus en su nicho. Nada de flores. «No tengo ninguna duda de que ella sabía lo esencial que tienen las personas: la capacidad de resistir aquello que parece imposible de resistir y aún así guardar belleza en su interior. Como el cactus», sentencia Bruno.